

LA LECCIÓN DE LOS NECRÓFAGOS

Texto: Joaquín Araújo

Pocos ejemplos claman con mayor elocuencia que el dado por las aves carroñeras en los últimos tiempos. Aunque reina una portentosa desatención hacia la enorme pedagogía que mana de los procesos, escenarios y actores naturales, lo cierto es que se está desarrollando delante de nosotros un drama con un claro argumento. La advertencia de que estamos, ambientalmente, muy cerca de esa misma posibilidad.

Que lo sucediéndole a las grandes planeadoras de nuestro país puede muy bien ser un apólogo fácilmente interpretable. Una fábula clásica, de esas que pretenden avivar en nosotros una respuesta ética.

Porque los humanos también estamos al final de las cadenas alimentarias. Desde un punto de vista ecológico somos carroñeros, también alimentados, a menudo en exceso, de forma artificial. Una dolencia en las poblaciones de uno de nuestros recursos o una plaga igualmente pueden ponernos en las puertas de la escasez menos deseada. No estaría de más aprender de las consecuencias del error que vapulea ahora a los buitres, aunque de momento sólo afecte de forma directa a un puñado de ganaderos y a todos los naturalistas de este país.

Para empezar la artificialidad de la alimentación provocó un notable incremento de las poblaciones de casi todas las grandes aves carroñeras del país. Alimoche y milano real son las dos excepciones que confirman el aserto. Pero ambas especies de buitres y casi el quebrantahuesos, pasaron por un crecimiento notable a lo largo de las tres últimas décadas. Al mismo tiempo no pocos córvidos, así como las dos grandes águilas y un puñado de mamíferos carnívoros han mejorado considerablemente, desde un punto de vista demográfico gracias a los comederos artificiales que cundieron por casi todos los rincones del país.

Hasta que las vacas gordas dejaron su sitio a las locas. Entonces se cerró el grifo, del todo, y la sed cundió con las más lamentables consecuencias.

Hay que haberlas visto, antes y ahora, para columbrar siquiera el despropósito.

Esas aves, tan majestuosas en vuelo como poco atractivas en el suelo, y menos cuando los cadáveres

quedan cubiertos por sus horriblos gritos y sus plumajes ensangrentados, han pasado a ser todavía más dependientes de lo arrojado por los seres humanos. Los que hemos filmado y observado a estos seres vivos en mil ocasiones no podíamos creer ni que atacaran a animales vivos, ni que acabaran comiendo pan en los basureros ciudadanos. Es más, han llegado a especializarse en muy poco tiempo en la búsqueda del más mínimo resto alimentario que pueda quedar abandonado en cualquier lugar.

Se han trastornado tanto sus pautas de supervivencia que, de pronto, el hambre ha ocupado el lugar de la casi hartura precedente. Se han resentido las principales colonias y hasta se ha conseguido incrementar la fobia de los ganaderos hacia lo espontáneo.

Aunque se está poniendo el primer remedio a la situación, será difícil que se naturalice algo más: como sería deseable. A esa meta solo se podría llegar con un incremento notable de la ganadería extensiva, por cierto la más limpia, segura, barata y ambientalmente compatible. Una vez más lo que arregla una parte contribuye a sanar otras. De la misma forma que cualquier dolor acaba alterando al cuerpo entero.

Con todo, lo que primero debemos tener en cuenta es que los bruscos cambios de rumbo en los métodos, incluso bien intencionados, de mejorar las posibilidades de las poblaciones animales son tremendamente peligrosos. Que todo proceso de recuperación debe tender a ser sostenido en el tiempo y lo más renovable. No se trata tanto de dar de comer como de que la Naturaleza proporcione ella sola la comida. Con los empujones que se quiera, pero solo para poner en marcha los procesos de renovación espontánea. Por eso mismo, la colaboración entre los diferentes sectores y departamentos de las administraciones es cada día más necesaria. Al menos, hasta que entendamos todos que Sanidad sólo hay una, la del conjunto que suponen el derredor y nosotros. Hasta que comprendamos que los buitres son parte del sistema sanitario.

Porque sigue siendo imprescindible que los animales muertos tengan la más bella sepultura: esas solemnidades con plumas que vuelan gráciles y leves sobre los horizontes. 